

Culantro, perejil y otras yerbas venenosas

Cuentos

CULANTRO, PEREJIL
Y OTRAS YERBAS VENENOSAS



6 de Diciembre 2309 y La Niña, 3er. piso
Telf.: 222 79 48 - 222 79 49 - Fax: 250 10 66
Casilla: 17-03-4629
e-mail: econejo@attglobal.net
Quito - Ecuador

Culantro, perejil y otras yerbas venenosas
Charo Mejía U.

Ilustración de portada: Vicente Mejía
Portada: Pato Echeverría
ISBN: 9978-87-251-5
Derecho autoral: 019995
Depósito legal: 00 27 02

Impreso en NINA Comunicaciones
Julio - 2004

CULANTRO, PEREJIL
Y OTRAS YERBAS VENENOSAS

Charo Mejía U.



LUTO

Lo llamé durante todo el día, su celular estaba fuera de servicio y en su oficina no contestaba nadie. No me atreví a llamar a su casa. Era muy raro que no me hubiera llamado.

Los lunes, calculando que cada uno estuviera ya lejos de su vida, hablábamos, para saber cómo habíamos pasado el fin de semana, para decirnos cómo nos habíamos extrañado, para planear cuándo nos veríamos y qué excusa usaríamos, para conseguir ese par de horas que nos regalábamos una vez a la semana, en una habitación de hotel que ya nos era familiar; donde éramos sólo nosotros, sin alrededores, sin circunstancias; mostrándonos uno al otro, tal cual, con los deseos, los errores y las culpas que nadie más podía ver; dejando de ser lo que esperaban fuéramos. Con esa llamada iniciábamos nuestras semanas, las llenábamos de una dulce espera que hacía más fácil lo cotidiano del día, lo regular de la vida, la falta de sueños.

El día señalado, después de mil peripecias, lográbamos encontrarnos en nuestra habitación sin ventanas, a media luz y con el corazón en la mano, angustiados por todo lo que arriesgábamos, conscientes del dolor que podíamos causar con nuestro pequeño recreo. Hasta que nos tocábamos; entonces todo, aparte de nosotros, perdía significado. Nos sentíamos en la piel, nos besábamos, nos acariciábamos con un apetito que parecía no encontrar sosiego. Para terminar en una paz que inmovilizaba el tiempo, tirados en la cama, desnudos, sudan-

do, casi sin resuello, sintiéndonos felices, porque allí, en ese momento, nos amábamos como no sabíamos que éramos capaces, nos amábamos en un instante por todo ese tiempo en que no lo haríamos, por todo ese tiempo en que teníamos a alguien más para amar.

Lo supe el martes cuando abrí el periódico: su esposa, sus hijos, hermanos, cuñados, sobrinos; todos, con nombres y apellidos; estaban allí, comunicando el lamentable fallecimiento de quien en vida fue...

¿Que qué fue lo que sentí? Sólo recuerdo ese calor en mi estómago que subió, quemando a su paso todo lo que se le interpuso hasta las mejillas, creí que estallarían y me tapé la cara. De inmediato se me enfriaron las piernas, como si les quitaran toda la sangre que necesitaban para sostener el peso de mi cuerpo. Me senté; el fuego en mi estómago se convirtió en dolor, corrí al baño. Después esa angustia que no entendí y que no me dejaba respirar. No alcancé a pensar en todo lo que no le dije, en todo lo que no le di, ya lo sentiría después.

Remaquillada y con una caja de Klinex regresé frente a mi computadora, dando la espalda a todos, por el resto de la mañana; hasta la hora de almuerzo en que corrí al cementerio.

Quería ir, tenía que ir. Lo vería de lejos, y si las lágrimas insistían en salir, me inclinaría sobre una tumba cercana, lloraría por un muerto ajeno, no podía levantar sospechas, no ahora que él no estaba para explicarlo.

Era tarde, la gente iba ya de regreso, pero ella seguía allí, tenía la cara cubierta por grandes manchas rojas y los ojos muy hinchados. Se abrazaba a sus hijos, parecía que se sostenía en ellos. Yo los conocía muy bien a todos, sin haberlos visto, sabía quién era quien, qué querían, qué soñaban, qué no les gustaba. Y ahora su dolor me dolía.

Después de un sin fin de vueltas sin ningún destino, volví a la oficina. Trabajé como una autómata, no quería pensar. Hasta que el timbre del teléfono me obligó a hacerlo:

—Mami, dice mi papi que a qué hora vienes, queremos cenar.

—Sí mi amor, lo siento, me alargué sin querer, este rato salgo para allá.

Camino a casa estuve buscando algún problema terrible que justificara mi estado.

Durante la cena todo fueron palabras de consuelo:

—No te pongas así, veras cómo mañana se resuelve. Y por último mandas todo a la mierda. —Insistía que lo único que no tenía remedio era la muerte, que ya lo arreglaría.

Me paré de la mesa y me metí en la tina, puse música para disfrazar cualquier otro sonido y lloré hasta que ya no me quedaron ganas. Tenía que enterrarlo, como lo había hecho ella. Además yo tenía mi familia, debía priorizar mis sentimientos, él era sólo un momento en mi vida, un par de horas a la semana, no era mi marido, no era a quien había amado por más de 15 años. Perderlo a él, ser la viuda, enfrentar el dolor de mis hijos, los problemas económicos que se presentarían, vivir sola, no tenerlo en mi cama cada noche, no abrazarlo cuando me despierte de una pesadilla; no podía ni pensarlo. A él no le importa mi mal dormir, mis pies fríos, mis depresiones; él me amará gorda, fea o vieja. Tenía que darle la adecuada importancia a lo que me estaba sucediendo.

De regreso en el dormitorio, lo besé con todo mi amor y me acosté a su lado, entre los chicos; estaban viendo una película en la tele. Me sentí acompañada y querida. No tenía derecho a sentir otra cosa y mucho menos un dolor que no me pertenecía, pero que no me

abandonaba.

Ahora sólo me quedan unos pocos recuerdos adornados por su ausencia y mis fantasías, en los que pienso una que otra noche, cuando a solas, durante un baño de tina, me acaricio recordando sus manos.